

encia de la cual medicina está probada en la mayoría de los casos, es el remordimiento. Y ¡oh incomparable misterio de la divinidad! Se suministra al pecador precisamente cuando temerario y rebelde acaba de ofender á su dulce Salvador. Es, sin duda, la más amarga de todas las medicinas; pero con ella empieza la expiación de la culpa, que trae después la incomparable aurora de la gracia.

—La conozco bien, clamó Macario. A esa medicina debo el cielo.

En esos momentos oyéronse los acordes de una música tan suave y melodiosa que jamás oído humano ha percibido, San Pedro regresaba á su puesto y abría de par en par las puertas del cielo al feliz boticario; cuyo corazón, inundado en delicias, empezó á gustar de la dicha que jamás acaba.



APOSTOLES DEL HOGAR.

I.

Había sido Jacobo buen marido, cuanto serlo puede quien de verdad ama á su esposa; pero es averiguado hecho, que los maridos, aun los mejores, no evitan á sus mujeres todos los disgustos que evitarles pueden. Rufina sufría con la ausencia de su consorte, que acostumbraba pasar varias horas en el Casino, especialmente por la noche. Estos Casinos, decía la joven, son feroces enemigos del hogar. Los esposos trabajando todo el día para sostener avantes la tremenda lucha por la vida, y las horas de descanso y grata expansión con la familia, róbanselas esos malditos centros de diversión. La autoridad debía clausurarlos como perniciosos á las buenas costumbres, y

los Obispos excomulgar á los sostenedores de tales casas.

Jacobo reía de lo que él llamaba exageraciones de las mujeres, y aunque en temporadas procuraba no trasnochar, la fuerza de la costumbre ordinariamente triunfaba de sus buenos propósitos.

El esposo de Rufina era ingeniero de bastante instrucción y de bondadoso carácter, sin que su natural bondad menguara nunca su energía. Justo en sus decisiones, honrado en su profesión y de recto criterio; mas, por desgracia, no tenía ninguna religión. Creía en Dios y nada más; pero prácticamente era un ateo. No había bebido ni en el hogar ni en la escuela, la savia vivificadora de la fe.

Admiraba la virtud de Rufina, pero jamás la atribuyó á sobrenatural influencia. El también muchas veces por espontáneo impulso, practicó el bien; ¿por qué no había de suceder lo mismo á su esposa? No obstante, alguna vez, especialmente cuando su hija estuvo enferma de gravedad y aun desahuciada por los médicos más notables, parecióle vislumbrar algo del triunfador poder de la oración, que según Rufina, había salvado á su hija.

Pasada la vislumbre de la primera im-

presión, que apenas dejó huella, volvió á su habitual indiferencia.

Si Jacobo fuera sincero y piadoso cristiano, la esposa sería feliz cuanto se puede ser en este mundo de inacabables miserias; pero el ingeniero no se preocupaba nunca por aquel asunto, que para su esposa era el más interesante de todos. No cansaba á su marido con sermones que agriaran su carácter ó diesen motivo de disgusto: la oración y el buen ejemplo eran las únicas armas de Rufina.

II.

Una niña, gentil y bella, que apenas contaba cinco años, había sido el único fruto de aquel matrimonio. Los padres veíanse en su Lidia, y ésta, aunque peligrosamente mimada, era de buen natural y no abusaba demasiado del paternal cariño. La influencia que ejercía, especialmente sobre su padre, era tal, que más de una vez el ingeniero dejó graves ocupaciones de su profesión por complacer los deseos de su hija, que, ora le rogaba que le contase un cuento, ora que la llevara á pasear.

La madre ponía toda su alma y su corazón todo, en educar á su amada Lidia,

y era conmovedor espectáculo ver á la niña antes de recogerse, caer de hinojos ante la Imagen Inmaculada, elevar hacia ella sus grandes ojos negros en suplicante actitud, con las manos abiertas, juntas por las palmas y rectas sobre el pecho, y pronunciar con arrobadora vocécilla sus cotidianas plegarias, breves y hondamente tiernas.

La pecuniaria posición de la familia era más que desahogada, y la vida del hogar deslizábase tranquila; mas un día amaneció enfermo el ingeniero, y aunque la enfermedad parecía leve y pasajera, Rufina alarmóse mucho, pues creyó ver en el semblante de su amado esposo algo extraño, que la hizo temblar de pavor.

El médico examinó detenidamente al enfermo, pero nada dijo á la alarmada esposa ni ésta pudo adivinar algo al través de la inalterable seriedad del facultativo.

El enfermo, durante los primeros días de enfermedad, creyóse vigoroso para luchar contra ella; pero poco á poco fué decayendo su ánimo hasta consternarse cuando el diagnóstico médico anunció terrible neumonía.

Los esfuerzos de la ciencia habían fracasado hasta entonces, y cuando el ingeniero observó que el doctor hacía varias

visitas al día y que hubo junta de médicos, comprendió el estado de gravedad en que se hallaba y lloró como un niño.

¡Ay! No había disfrutado sino de los primeros besos de su adorada hija, aun gozaba con celestial embeleso de sus gracias de niña, pero el paternal egoísmo anhelaba verla crecer á su lado, desarrollarse y formarse hasta que un día, joven y hermosa, fuese la reina y el encanto del hogar. También Rufina, la amable compañera de su vida, su consuelo en los pesares, su aliento en el trabajo y la discreta reguladora de sus alegrías, se quedaría sola en el mundo, sin amparo, sin el esposo que la amaba tanto. La exaltada imaginación presentóle á Rufina cubierta con la triste toca de la viudez y á su inocente hija vestida de luto, dirigiendo á la Virgen la cotidiana oración, con los ojos henchidos de lágrimas. Ante ese cuadro aterrador heríale la garra de la desesperación.

Entretanto, en la pieza contigua, madre é hija oraban, llorando. Concluida su oración, aquélla, conmovida, dice á ésta:

—Hija mía, mi amada Lidia: tu padre se muere, me lo dice el corazón, le estoy viendo morir. A nosotras no nos queda ya otra cosa que hacer que abrirle las

puertas del cielo, y tú vas á ser el apóstol á quien encomiende tamaña obra.

La niña, sin pestañear siquiera, escuchaba absorta á su madre, que circunstanciadamente explicábale cuanto debía hacer.

Rufina había dicho ya muchas veces á su esposo que arreglara los negocios de su conciencia, que llamara al señor Cura, sacerdote docto y virtuoso, que le absolvería en nombre de Dios y daríale la paz, y con ella tal vez hasta la salud; pero el ingeniero negóse en lo absoluto á condescender con su esposa.

—De nada me sirve todo eso, contestaba. Buen médico y buenas medicinas; he allí lo único que necesito.

Y la esposa con el corazón destrozado, elevaba en su dolor continua plegaria al Dios de las misericordias.

III.

Después de aquel arranque de desesperación, Jacobo se tranquilizó un poco y pudo dormir dos horas. Al despertar volvió á sentir las sombras de la tristeza que envolvían su alma.

Estaba hundido en sus pensamientos cuando oyó pasos en la alcoba, el ruido de ellos penetró hasta lo más recóndito

de su corazón. Conoció luego los pasos, eran de su hija Lidia, de aquel ángel por el cual le era amable la vida aun en medio de los más duros sufrimientos. Sintió luego que la niña con gran esfuerzo arrimaba una silla al lecho del enfermo, subió á él, se abrazó al cuello de Jacobo y púsose á llorar con silencioso llanto, interrumpido de vez en cuando por sollozos.

—¿Por qué lloras, hija mía?—dijo el padre casi muerto por el dolor.

—Porque estás enfermo, papá, y si te mueres ya no te veremos más ni mamá ni yo; por eso lloro, papasito. Y un raudal de lágrimas brotó de los ojos de Lidia.

Jacobo no pudo hablar; la emoción ahogaba la voz en la garganta. Hizo un supremo esfuerzo para recobrarle, besó á su hija con infinito amor y díjole con extrema ternura:

—Si me muero, hija mía, nos veremos más allá del sepulcro.

—No, no, no puede ser, clama la niña, y por eso lloro tanto, porque tú, papasito, que no te quieres confesar, no irás al cielo, á donde iremos mamá y yo cuando nos muramos. Ya lo ves, en la otra vida no podemos estar juntos.

Abre el padre cuanto puede los ojos

espantados, mira á su hija, íruese nervioso y clama en grito de ansiedad suprema:

—Anda, corre, hija mía, dile á tu mamá que llame al señor Cura. Quiero confesarme y siento que mi vida se va.

No había Jacobo acabado de pronunciar las anteriores palabras, cuando Lidia, casi sin saber cómo, baja del lecho y corre á los brazos de su madre para comunicarle la feliz nueva.

Ese mismo día empezó Jacobo su confesión general; recibió los auxilios de la Religión y al mirar que la muerte se aproximaba, bendijo á su familia, despidióse de ella con lágrimas en los ojos pero con cristiana resignación en el alma, y su última palabra fué para su amada Lidia.

—Hasta el cielo, hija mía, le dijo, y expiró.



MALA CABEZA Y BUEN CORAZON

I.

Mala cabeza fué Vicente, y taimado galanteador de femeninas beldades, y ni el matrimonio curóle de arraigadas costumbres; pues al que una vez sojuzgaron las pasiones, no se libraré de sus feroces garras sino por un milagro tan grande como la resurrección de un muerto. No hay para qué decir que Valentina, la virtuosa cónyuge del joven, sufrió penas del purgatorio, como decía ella, pero era buena sobre toda ponderación, y ni el desengaño ni los celos arrancar pudieron del corazón de la esposa un amor purísimo, nacido en los primeros días de la niñez, el cual creció fuerte y rebosante de poesía, y llegó á ser para ella segunda naturaleza.

El pícaro hijo de Adán corrigióse mu-